

Oriente Medio: Las tareas del "día después"

Antes de que concluyan las hostilidades y sin hacer previsiones que resultarían a la hora actual un tanto apresuradas, todos los países involucrados en la guerra del Golfo Pérsico —incluido, naturalmente, Irak— piensan y se preparan para «el día después». Vuelve a sonar aquella frase hecha de «nunca más» que los judíos utilizaron tras el holocausto. ¿Nunca más? ¿Cómo evitar que nazcan en la zona más conturbada del mundo nuevos Sadanes? ¿Cómo prevenir confrontaciones tan sangrientas como costosas y, al parecer, inevitables como la actual? La enumeración de recetas, proyectos, planes y consejos sería inacabable. Parece más sensato referirse, en cambio, a los problemas existentes o inducidos por el enfrentamiento.

Lo más urgente será, sin duda, superar el colosal malentendido promovido por Sadam Husein y sus amigos entre las masas árabes: la guerra fue apenas un síntoma de una confrontación doctrinal, teológica incluso, entre Occidente y el Islam. No resultará fácil convencer a los vencidos de que su derrota constituye el lógico resultado de una violación no consentida de la legalidad internacional que no tiene ni banderas ni religión. Que la superación por los árabes —o, al menos, por algunos árabes— del sentimiento de humillación que les embarga ahora y les amargará todavía más al día siguiente constituye una tarea de todos: gobiernos, opinión pública occidental, religiosos y lai-

Por Alberto Míguez

Al cierre de este número, Kuwait ha sido liberado por las fuerzas aliadas, encabezadas por los Estados Unidos, después de una brillante y rápida operación en todos los terrenos. Irak ha aceptado todas las resoluciones de la ONU. El régimen de Sadam Husein, cuya loca aventura ha producido la ruina de su propio pueblo, parece, indiscutiblemente, liquidado.

cos. Asunto nada fácil, por cierto, de resolver, si, como no hay que excluir, la victoria desencadena una dinámica de prepotencia entre quienes la prohijan.

Segunda urgencia: la derrota de Sadam no puede ser la de Irak como país, ni siquiera la de los iraquíes como pueblo. La tentación de entrar a saco en un país devastado e imponerle duras condiciones —recordemos la I Guerra Mundial y las torpezas de los vencedores ante una Ale-

mania abatida— el día después sería el mejor método para reproducir el drama actual. Cualquier reivindicación territorial de los vecinos, cualquier partición, zona de seguridad o variación de unas fronteras seguramente discutibles constituiría un disparate que, por desgracia, no cabe excluir.

Sistema de seguridad

Habrà, desde luego, que establecer un sistema de seguridad para la región, como han dicho y repetido políticos y estrategas de toda laya. Pero ¿quién le pone el cascabel al gato? De la derrota militar de Irak surgirá una nueva potencia hegemónica «por sustitución», llámese Siria o —más probablemente— Irán. Se trata de evitar que la hegemonía política se convierta en militar y expansionista. Los países que han protagonizado esta guerra y aquellos que han participado en ella de diversos modos deberán establecer normas estrictas —avaladas, claro está, por la comunidad internacional— para fijar un equilibrio de poderes y ambiciones en la región. Para conseguirlo hay problemas previos que necesitan solución: el conflicto árabe-israelí, desde luego, pero también la inestabilidad libanesa y la presencia israelí y siria en este país teóricamente independiente; la propia seguridad de Israel, y un largo etcétera. La pregunta clave será si estos contenciosos podrán resolverse gracias a una conferencia internacional nada fácil de arbitrar mientras los Estados Unidos e Israel no la acepten. O sí, para que esta conferencia sea posible, no será necesaria una negociación bilateral (Israel-palestinos), trilateral (Jordania-Israel-palestinos) o incluso «a cuatro» (Libano incluido). Es la tesis israelí, que la OLP rechaza airadamente, pero la opinión de Arafat y sus seguidores ¿será determinante, como lo fue hasta ahora, el día después? Parece más que dudoso: la OLP se ha dejado plumas y pelos en su





alineamiento pasional (aunque, sin duda, explicable) con Sadam Husein en la invasión de Kuwait y en el conflicto posterior.

Cualquier acuerdo de seguridad regional donde se reduzcan o supriman las armas de exterminio masivo, químicas o bacteriológicas, donde se impongan controles en el intercambio de tecnología militar y material ofensivo deberá ser aceptado por el principal actor del conflicto, Estados Unidos, pero sería absurdo olvidarse de la Unión Soviética, de Europa y de... Israel. La aceptación por parte de los países árabes de semejante presencia no será fácil, pese a la, por ahora, intachable actitud del Estado hebreo en el conflicto del Golfo y a su inmensa paciencia ante la agresión iraquí.

Regímenes feudales

Europa debería servirse de la experiencia diplomática y política de los últimos meses para

reordenar su cooperación política. Algo que, por cierto, funcionó defectuosamente desde el 2 de agosto y constituyó una dura prueba para la cohesión futura. También eso constituye una herencia amarga del conflicto.

Parece inevitable también que las monarquías y emiratos del Golfo deberán asumir un futuro más conflictivo que el plácido y opulento pasado. Nada será — se ha dicho también hasta la saciedad — como antes para el rey Fahd y sus aliados de la Península Arábiga. El mantenimiento de regímenes feudales formados por ciudadanos de todo derecho y siervos emigrantes (entre ellos, naturalmente, millares de palestinos) desposeídos de casi todo constituye un anacronismo impresentable. Los Sadanes de turno germinan gracias a tales incongruencias.

Nada será, tampoco, igual para los países mediterráneos, desde Gibraltar al Canal de Suez. El imaginativo proyecto hispano-italiano (¿o fue solamente español?) de una Conferencia de Seguridad y Cooperación para todos los países ribereños y otros «añadidos» constituye, desde luego, un excelente argumento para juegos diplomáticos, pero ¿es viable en la actualidad? La hipótesis de que el proceso de Helsinki (Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, CSCE) promovió el «gran cambio» en el Este y que ese método es irrefutable resulta bastante discutible, aunque en plena «gorbimania» algunos dirigentes occidentales tengan la tentación de derivar la caída del Muro de Berlín con lo sucedido hace demasiados años en la capital de Finlandia. Hoy por hoy esa conferencia mediterránea es in viable, y mientras en Oriente Medio (¡y en Chipre!) las cosas sigan como están, estaremos ante una quimera ciertamente atractiva. En cuanto a esa otra conferencia «Europa del Sur-Magreb» (conocida por «cuatro más cinco»), habrá que esperar todavía a que los temblores actuales se alejen para, al fin, ver algo más claro. ■